

ningun pecado mortal ni venial deliberadamente, cuanto me fuere posible.

Lo tercero se ha de notar, que este ejercicio de humildad, de la manera que lo hemos declarado, juzgó nuestro santo Padre que habia de ser el primero en que se habian de ejercitar los que están en la via iluminativa. Porque no otra cosa quiso significar en la nota que está antes de estos tres grados de humildad, cuando dijo <sup>1</sup>: *Antes de entrar en las elecciones para hombre afectarse á la vera doctrina de Cristo nuestro Señor, aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando á ratos por todo el dia, etc.* En que consiste la via iluminativa, en aficionarse á la verdadera doctrina de Jesucristo nuestro Señor, el cual es la luz verdadera, y en cuya doctrina se contiene lo más perfecto de todas las virtudes. Pues si estos grados de humildad ayudan para aficionarse á la doctrina de Cristo nuestro Señor, síguese claramente, que ayudan para alumbrar el entendimiento y para aficionar la voluntad á toda virtud; y que imprimir en el corazon estas tres maneras de humildad, tanto es como tomar en la mano una llave para entrar en lo más secreto del Evangelio, y para hacerse dueño de las riquezas que hay en él. Y así como para entrar en algun tesoro cerrado, lo primero es tomar la llave en la mano; así para entrar á los tesoros de la luz que hay en el Evangelio, lo primero es necesario ejercitarse en esta manera de humildad, que encierra el desprecio de las riquezas y de la honra, y es lo mismo que dijo nuestro Salvador <sup>2</sup>: «Que no ha entrado por la primera puerta de su escuela, ni puede ser su discípulo quien no renuncia todo lo que posee.»

<sup>1</sup> 2.<sup>a</sup> Semana. — <sup>2</sup> Luc. XIV, 33.

## CAPÍTULO XXVI.

DE OTRAS RAZONES PORQUE EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES SE HA DE EMPEZAR POR LA HUMILDAD.

**H**AY tambien otras razones porque este ejercicio de la humildad haya de ser el primero en los proficientes. Y una de ellas es, porque la humildad es el fundamento de la vida espiritual; y claro está, que lo primero en cualquier edificio ha de ser el fundamento. Si piensas levantar alguna grande fábrica de virtudes, dice san Agustin <sup>1</sup>, trata primero del fundamento de la humildad; y cuanto fuere mayor la máquina del edificio que uno pretende levantar, tanto ahonda más el fundamento. Y es mucho de considerar que el que va fabricando, sube á lo alto, y el que cava el fundamento, baja á lo profundo. Luego segun eso, antes de edificar hácia arriba, es menester edificar hácia abajo; y así la fábrica antes de levantarse se humilla, y la cumbre despues de haberse humillado se levanta. Y más abajo dice el mismo santo: Porque la cumbre de este edificio espiritual es muy alta, trata primero del fundamento. ¿Qué fundamento? Apréndelo de aquel Señor, que dijo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; asienta en lo más profundo dentro de tí este fundamento de la humildad, y llegarás á la cumbre de la caridad: esto dice san Agustin.

<sup>1</sup> Aug. de verbis Domini, serm. 10.

Y con mucha razon se llama la humildad fundamento de las virtudes, porque todo el peso de las virtudes carga y estriba sobre la humildad, como el peso del edificio estriba y se sustenta sobre el fundamento. La humildad sujeta á un hombre á todos los mandamientos de Dios nuestro Señor y de su Iglesia, y á todas las ordenaciones y reglas de su religion, en las cuales se contiene la materia de todas las virtudes. La humildad sujeta la soberbia y la avaricia, esto es, el apetito de la propia excelencia y el apetito de dinero, que son dos pasiones vehementes, que cuando no están enfrenadas nos despeñan en todos los vicios. La humildad nos hace llevar con igualdad la falta de la honra y de los bienes temporales, que son los instrumentos de todos los pecados. Luego con razon la humildad es el primer fundamento del edificio de las virtudes, y la primera medicina de las enfermedades espirituales. Porque así como los médicos antes de aplicar remedios á alguna parte señalada del cuerpo, hacen los remedios generales de purgar y sangrar para corregir y disminuir el mal humor, de que se sustentan las enfermedades particulares; así tambien, aunque uno por razon de su inclinacion, ó de su pasion, ó de alguna ocasion le convenga insistir en alguna virtud particular, primero ha de purgar y sangrar el apetito desordenado de la honra y de la riqueza, que son el aparato morboso de donde se sustentan los vicios particulares.

Es tambien la humildad fundamento, porque quita todo lo movedizo é inconstante para que el edificio de las virtudes sea sólido y firme. Porque, ¿qué otra cosa hay más flaca y más movediza que la hacienda temporal y la honra que se recibe de los hombres? Y ¿qué cosa es la que hace que las virtudes no sean sólidas y

verdaderas, sino cuando se falsifican y enflaquecen con estos fines y respetos humanos? Y es mucho de advertir, que habiéndose de fundar el edificio, para que sea firme, sobre piedra, y habiéndose de sembrar la semilla, para que dé fruto, sobre tierra movediza; de los que aman estos bienes temporales, se dice, por el contrario, en el Evangelio, que siembran sobre piedras y edifican sobre arena, y así ni lo uno ni lo otro es de provecho. Porque así como la semilla que cae sobre piedra no puede echar raíces profundas, y por eso apenas es nacida cuando está ya seca con la fuerza del sol; así ni la palabra de Dios nuestro Señor puede arraigar en el corazón de los avarientos ni de los soberbios, porque son temporales como los bienes que aman, y tanto dura su santidad cuanto dura su prosperidad. Y estos mismos que siembran sobre piedras, fundan sobre arena, porque quieren fabricar las virtudes sin renunciar al amor de la honra y de la hacienda, que apenas hay otras dos cosas más flacas y movedizas; y así en levantándose cualquiera contradicción cae en tierra todo el edificio. Por lo cual dijo nuestro Salvador Jesucristo <sup>1</sup>: «Todo hombre que oye mis palabras, y las pone por obra, es semejante al varón sabio que edifica su casa sobre piedra firme, y bajó la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos y no se cayó porque estaba fundada sobre piedra. Y cualquiera que oyendo mis palabras no las pone por obra, es semejante al varón necio que edifica su casa sobre arena, y bajó la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y todos estos contrarios combatieron aquella casa, y se cayó, y fué grande y lastimosa su ruina.» ¿Qué palabras son éstas, que no cumplirlas es lo

<sup>1</sup> Matth. VII, 24-27.

mismo que edificar sobre arena, sino las que nuestro Salvador habia predicado en este sermón <sup>1</sup>: Bienaventurados los pobres, los que tienen hambre y sed, y los que padecen persecuciones, los que son injuriados y deshonrados, y otras muchas semejantes que en diferentes sermones predicó de su cruz? Estas palabras los que no las cumplen edifican sobre arena, y así desfallecen en viéndose pobres, injuriados ó perseguidos. Pero los que las cumplen no temen las lluvias, ni los vientos, ni los rios; esto es, ningun género de persecucion ni de pérdida temporal, porque antes de perderlo lo tienen aborrecido y renunciado. Luego la humildad es la que aparta todo lo flaco y movedizo para sacar fundamento firme al edificio de las virtudes.

Esta misma humildad descubre el firme en que se han de fundar las virtudes, que de nuestra parte no es otro, sino nuestra nada, y de parte de Dios el brazo poderoso de su gracia, que para que mejor se conozca es muy amigo de fundar sobre nada. «¿Dónde estabas tú, le preguntaba él á Job <sup>2</sup>, cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? decláramelo si lo entiendes: ¿quién es el que puso sus medidas ó tiró para fabricarla los cordetes?» Y ya el mismo Job habia respondido á esto, cuando dijo <sup>3</sup>: «Que pesó Dios y contrapesó, y dejó pendiente la tierra sobre nada.» Esta nonada es la que descubre la humildad en nuestro corazon, para que haga Dios nuestro Señor manifestacion de su gracia y de su omnipotencia, edificando sobre ella; el cual «resiste á los soberbios y á los humildes de su gracia <sup>4</sup>.» Pues si esta gracia es la madre de todas las virtudes, ya se ve que la

<sup>1</sup> Matth. V. 3, 6, 10.—<sup>2</sup> Job XXXVIII, 4, 5.—<sup>3</sup> Ibid. XXVI, 7.  
<sup>4</sup> I Petr. V, 5.

primera virtud por donde hemos de empezar el ejercicio de las virtudes ha de ser la santa humildad, la cual nos deja vacios de nosotros mismos para que nos llene Dios de su gracia.

Dícese tambien la humildad fundamento de la perfeccion, porque así como en la planta de un edificio está como dibujada toda la fábrica hasta la más alta cumbre de ella; así en el ejercicio de la humildad está como en su planta y en su fundamento todo el edificio espiritual, hasta lo último de la perfeccion. Y así como decíamos arriba, que tratando nuestro padre san Ignacio de la soledad y retiramiento, habia puesto tres provechos que se seguian de él, que correspondian á los tres estados de incipientes, proficientes y perfectos, y por eso convenia ejercitarse á los principios en la guarda de la soledad y del silencio, como virtudes que tenian correspondencia con todo el discurso de la vida espiritual; eso mismo decimos ahora de la virtud de la humildad en el sentido que trató de ella nuestro santo Padre, conviene á saber, en cuanto comprende una renunciacion general de honra y de riquezas. Porque este género de humildad tiene tres maneras ó tres grados, que corresponden á los mismos tres estados de la vida espiritual. Porque la primera manera de humildad, que se sujeta á todos los mandamientos de nuestro Señor, y se ofrece á todas las adversidades de pobreza, deshonras, y á la misma muerte por no hacer un pecado mortal, es propia de los incipientes. La segunda, que se humilla y sujeta á las mismas adversidades por no hacer un pecado venial deliberadamente; y en caso de igual gloria divina, se halla tan pronto y tan indiferente á la deshonra como á la honra, á la pobreza como á la riqueza, y á la muerte como á la vida; y en caso que sea mayor servicio y gloria de la

divina Majestad, tener pobreza, sufrir deshonra y padecer la misma muerte, se halla más inclinado á esto que á lo contrario; este grado de humildad es superior al primero, y es propio de los proficientes. Pero si pasa más adelante, y en caso de igual gloria divina, se abraza con la pobreza y con la deshonra por hacerse más semejante á Cristo nuestro Señor, ya esto es propio de varones perfectos. Y así se ve, que insistiendo uno en este ejercicio de humildad y creciendo en él, se vendrá á hallar con la perfecta semejanza de Jesucristo Señor nuestro, y por consiguiente con todas las virtudes en su perfeccion. Pues siendo así, que estos grados de humildad tienen correspondencia con todos los grados de perfeccion y con todos los estados de la vida espiritual, síguese que el ejercitarse en ellos, es un buen atajo y maravilloso compendio para alcanzar la perfeccion.

### CAPÍTULO XXVII.

CONCLUSION DE LO DICHO EN LOS CAPÍTULOS PASADOS.

**Q**ué resta de lo dicho en los capítulos pasados, sino acusar nuestra tibieza, que habiendo emprendido el camino de la perfeccion, con pequeñas dificultades desmayamos, y con pequeños estorbos volvemos atrás, y se nos hace nuevo si nos piden que pongamos en ejecucion lo que al principio propusimos? No acabamos de entender que no puede ser perfecto el que no vende lo que tiene para darlo á los pobres, y que el que no renuncia

todo lo que posee, no puede ser discípulo de Cristo. De esta manera deseando ser perfectos no ponemos los medios necesarios para la perfeccion, y nos quedamos en la primera clase de las tres que arriba dijimos, y es de aquellos que no ponen medios, entretenidos toda la vida con deseos. Y cuando mucho llegamos á la segunda de poner algunos medios, pero no todos los necesarios, sino con ciertas limitaciones y condiciones; porque de tal manera deseamos vernos libres del amor desordenado de la hacienda y de la honra, que no queremos perder un punto de lo uno ni de lo otro. Y como esta resolucion es tan corta, no alcanza al edificio de la torre evangélica, y cuando se llega la ocasion de haber de gastar de la honra ó de la hacienda, nos dejamos la obra empezada, con risa de los que lo miran. Porque de verdad se rien los seglares cuando ven que los religiosos, despues de haber profesado muchos años la perfeccion, están tan vivos en algunos puntos de honra, y tan avarientos de su regalo, y tan ambiciosos en la vana ostentacion de su vestido y en el aparato de su celda, como lo podian estar los mismos seglares, y aún mucho más. Pensemos muy despacio y con atenta consideracion, que somos llamados á la tercera clase de los que en la verdad renuncian todas las cosas para ser discípulos de Cristo. «Porque ¿quién hay de vosotros, dice nuestro Salvador <sup>1</sup>, que tratando de edificar una torre, no haga primero la cuenta si tiene caudal para acabarla, porque no se rian de él los que vieren que no pudo acabar lo que habia empezado? ¿Y qué rey, si ha de ir á hacer guerra contra otro rey, no considera primero si puede salir al encuentro con diez mil al que viene con veinte

<sup>1</sup> Luc. XIV, 28-31.

mil contra él?» Y así como el que se resuelve de edificar una casa, no rehusa despues de sacar todo el dinero necesario para el edificio; así cuando se ofreciere alguna ocasion de nuestro desprecio ó humillacion, ó de pasar alguna falta de lo temporal, hagamos cuenta que nos piden de nuestra hacienda para el gasto de la torre. No nos quejemos que se nos hace injuria ó agravio, porque nos quitan la honra ó la comodidad que nos es debida; porque ¿cómo pudiera ser esta torre y este palacio nuestro, si no se labrara á costa de nuestro caudal? Y es tan grande bien haber alcanzado victoria de este rey que viene contra nosotros con veinte mil, y tener edificado y en propiedad este palacio donde descansar, que no tiene comparacion ninguna costa que se haga en él. Porque ¿quién dirá la guerra tan cruel que hace la ambicion de la honra y la codicia del dinero á los que tiene rendidos y sujetos? Nuestro Salvador afirmó <sup>1</sup>, que eran espinas los cuidados de las riquezas y los deleites de esta vida. Pues ¿qué descanso puede tener el que anda siempre entre estas espinas? ¿Cuánto menos dolor cuesta el sacarlas que no el sufrirlas? Porque el dolor de sacar una espina es breve, y finalmente viene á parar en sosiego y salud; pero el dolor de una espina hincada, es más vivo y va creciendo por momentos, y cuanto más se dilata el sacarla se hace el remedio más dificultoso. Así que por la misma razon, más fácil es despreciar la honra que procurarla; más fácil es sufrir la humillacion, que huir de ella; más fácil es perdonar la injuria; que vengarla; más fácil es pasar con algunas faltas de lo temporal, que no pelear porque no nos falte nada; y finalmente más fácil es acomodarse con la pobreza y ha-

<sup>1</sup> Luc. VIII, 14.

cer vida con ella, que rendirse á la tiranía de la codicia y sufrir las espinas con que las riquezas temporales están atormentando. Principalmente los que tratan de la perfeccion espiritual, ¿cómo pueden en medio de esta guerra ejercitarse en las virtudes, y llegar á la union con Dios nuestro Señor? porque la union con Dios pide el lecho florido, y el ejercicio de las virtudes pide el ánimo quieto y sosegado. El lecho del rey Salomon, le cercaban sesenta fuertes de los más esforzados de Israel y de los más ejercitados en la guerra, todos con sus espadas en la cinta, por los temores de la noche <sup>1</sup>. Y el lecho del verdadero Salomon en que descansa con el alma en union de amor y de contemplacion, ¿cómo podría estar seguro de los temores de la noche, si no estuviesen en su guarda estos dos valientes, que son la pobreza y la humildad (que sólo ellos dos valen por sesenta), con sus espadas en las manos para degollar los deseos errados de la honra y de la hacienda, y los sentimientos de las injurias ó de la pobreza, que acometen á inquietar el corazon de los que se van aprovechando? Y ¿cómo podrían los principiantes crecer y hacerse robustos, sino con el regalo del corazon pacífico y libre de los cuidados temporales? Porque si los mismos pajarillos para criar sus polluelos buscan pluma ó lana, ó cosas semejantes para hacerles los nidos blandos y muelles, porque no les ofenda la dureza; con mucha más razon el alma se ha de prevenir tambien con espíritu de pobreza y de humildad, para no criar las virtudes entre las espinas de los cuidados temporales. Y por eso no sin mucha causa nuestro santo padre Ignacio llamó á la pobreza madre cuando dijo <sup>2</sup>: *Amen todos la pobreza como*

<sup>1</sup> Cant. III, 7, 8. — <sup>2</sup> P. 3, c. 1, § 25.

madre, y segun la medida de la santa discrecion, á sus tiempos sientan algunos efectos de ella, etc. Y la llamó tambien muro cuando dijo <sup>1</sup>: *La pobreza, como firme muro de la Religion, se ame y conserve en su puridad, quanto con la divina gracia posible fuere, etc.* Llamóla madre hablando con los novicios, porque cria las virtudes tiernas con regalo y con blandura; llamóla muro hablando con los profesos, porque defiende las virtudes que están criadas con fortaleza y con seguridad. Por tanto si Dios nuestro Señor plantare en nuestras almas la semilla de su palabra y de su inspiracion, no la dejemos caer sobre piedras, de manera que se venga á secar con el ardor de cualquiera adversidad. Desviémosla del camino donde sea pisada de los hombres y comida de las aves; lo cual haremos con la soledad y silencio. Arranquemos las espinas que traen consigo las honras y las riquezas de este mundo; y será el fruto copiosísimo en paciencia, esto es, con el sufrimiento de la pobreza y de las injurias y menosprecios. Y este fruto irá siempre creciendo por todo el discurso de la vida espiritual, en los principiantes de treinta, en los que se aprovechan de sesenta, y en los perfectos de ciento.

<sup>1</sup> P. 6, c. 2, § I.

### CAPÍTULO XXVIII.

DE LA CUARTA DIFICULTAD DE LA VIA ILUMINATIVA, QUE ES HABER DE CAMINAR CON CONSOLACIONES Y SIN ELLAS.

**QU**ÁN grandes y cuán excelentes, cuán vivas y eficaces sean las consolaciones espirituales, el que no lo supiere por su propia experiencia no podrá dejar de creerlo, si lee las vidas y los escritos de los santos, y si trata y comunica con algunas almas puras que tratan y comunican con Dios. Porque ¿cómo no creeremos las nuevas que nos dan de la dulzura y suavidad de Dios los que la han experimentado, pues creemos lo que nos cuentan de la grandeza y riqueza de algunas ciudades, aunque nunca las hayamos visto ni estado en ellas? Y la razon está clara, porque, como dice san Agustin: ¿Por ventura el cuerpo tiene sus deleites, y el espíritu no los tiene? Si en los deleites del cuerpo vemos que quanto el sentido es más vivo y el objeto más noble, tanto el deleite es mayor, ¿cuánta ventaja harán los deleites espirituales á los corporales; pues la potencia es tanto más noble, quanto excede el espíritu al cuerpo, y el entendimiento al sentido corporal, y la voluntad al apetito; y el objeto es tanto más excelente, quanto lo es Dios nuestro Señor más que todas las cosas criadas?

En qué consistan estas consolaciones espirituales, declarólo nuestro santo padre Ignacio por estas pala-